

LA LEPRA EN LAS ISLAS FILIPINAS

POR J. D. LONG

Médico-Cirujano General Auxiliar del Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos

Esta mañana me invitaron a que hablase sobre el tema de la lepra, y, como he adquirido casi toda mi experiencia sobre este asunto en Las Filipinas, me limitaré a relatar los trabajos que allí se hicieron.

La lepra se introdujo en las Islas Filipinas procedente del Japón, mediante una remesa de leprosos que uno de los emperadores anteriores de ese país envió a dichas Islas a fin de que los misioneros que habían sido expulsados del Japón los asistieran. Se calculó que, antes de que se estableciera la Colonia Culión en Las Filipinas, la existencia de leprosos era aproximadamente de 30,000. La primer medida que se tomó en la campaña contra la lepra fue aislar los pacientes de esta enfermedad en cuanto al resto de la población. Dictáronse leyes por virtud de las cuales se estableció dicha Colonia, y entonces se empezó a recoger los leprosos.

Antes del aislamiento, la mayor parte de los lazarinos habían sido asistidos por asociaciones religiosas, pero no se había hecho ningún esfuerzo o tentativa en cuanto al tratamiento de la enfermedad ni para contribuir al bienestar material de los pacientes.

Los primeros leprosos que ingresaron en la Colonia lo efectuaron en 1906, durante la administración del Dr. Heiser, y fueron recogidos de las instituciones en las cuales se les había atendido como una obra de caridad. La precitada colonia fue organizada en debida forma como una municipalidad y, en efecto, mediante una elección, se formó un consejo municipal entre los leprosos, y entonces ellos dictaron sus propios reglamentos, sujetos a la aprobación o el veto del funcionario médico encargado de la Colonia que, además de sus deberes reglamentarios, era jefe administrativo y juez de paz. Por lo tanto, a los leprosos se les llevó allí y se les facilitaron terrenos, habiéndoseles ayudado a preparar y construir sus propios hogares.

Al principio no podía notarse ninguna disminución de consideración en la mortandad de los pacientes, debido al hecho de que la mayor parte de éstos ya se encontraban en períodos avanzados de la enfermedad, siendo así que muchos de ellos sufrían enfermedades intercurrentes y varios de ellos murieron a causa del beriberi. Posteriormente, cuando se descubrió que el arroz pulimentado era la causa del beriberi, se prohibió el uso de dicho cereal en esa forma. Durante el segundo año la proporción de defunciones no fue tan

alta debido al hecho de haberse prohibido el uso del arroz pulimentado, y desde entonces dicha proporción de defunciones continuó disminuyendo hasta 1918, fecha en que si se hubiesen eliminado los efectos de la influenza que prevaleció ese año, la proporción de defunciones hubiera sido aproximadamente 85 por mil, que es muy favorable si se tiene en cuenta el estado morbosos de la población. Al mismo tiempo continuáronse haciendo todos los esfuerzos posibles con el fin de mejorar las condiciones sanitarias de la Colonia.

En 1915, cuando empezaron a sentirse los efectos de la guerra, la cuestión de presupuestos llegó a ser muy importante. Los leprosos habían pedido que se les suministrara mayor cantidad de arroz, exponiendo que no tenían un abastecimiento suficiente de este artículo de primera necesidad, y, después de visitar la Colonia, se acordó concederles una pequeña cantidad adicional de dicho cereal. Los leprosos alegaban que el arroz, tal como lo suministraban, estaban en malas condiciones y lleno de partículas de madera, y que la cantidad que quedaba después de limpiarse no era suficiente para satisfacer sus necesidades y, en tal virtud, se les proporcionó la cantidad necesaria para cubrir la falta. Sin embargo, se encontró que esta cantidad adicional costaba mucho y, por lo tanto, se estudió detenidamente la situación para determinar en cuanto a las medidas que podían tomarse para aliviarla y, no obstante, continuar la Colonia de Leprosos. Entonces se acordó estimular a los lazarinos para que emprendiera en algunas industrias, y aunque ya ellos las habían emprendido antes, sin embargo, ahora se hacía un esfuerzo especial para interesarlos en ellas.

Algunas compañías de pesca que hacía algún tiempo venían funcionando, combinaron sus intereses, habiendo obtenido por resultado que los leprosos pescaban todo el pescado que la Colonia necesitaba. Quinientas familias se trasladaron al Distrito que circundaba dicha Colonia, y empezaron a cultivar fincas de labor, en las cuales cultivaron plátanos y frutas y criaban gallinas, cerdos, etc., y entonces las autoridades de la Colonia les compraban esos productos a los leprosos al mismo precio que éstos hubieran podido venderlos en el mercado de la localidad. Obtúvose como resultado que nuestros gastos se redujeron de una manera considerable; que la dieta de los lazarinos era mucho más variada; que éstos se ocupaban en algo que les interesaba y, además, que obtenían el importe de la venta de los artículos que ellos mismos producían, en tanto que, por otra parte, los ahorros que obteníamos se debían a la economía introducida en el transporte y por el hecho de evitar las pérdidas consiguientes al almacenaje.

Para dar una idea del progreso obtenido como resultado de este método, debo manifestar que el primer año en que dicho método se puso en práctica se produjeron 700,000 mazorcas de maíz. Los leprosos produjeron las frutas frescas y las vendieron al precio del mercado de la localidad. Así nos fue posible sostener los lazarineros que ya teníamos en la Colonia y, además, se aumentó el número hasta que llegamos de tener más de 5,000 pacientes. Cumple agregar que todo esto se logró sin necesidad de pedir presupuestos adicionales.

En seguida empezó a decirse que los leprosos, además de vivir cómodamente, estaban ganando dinero, y centenares de ellos solicitaron ser admitidos a la Colonia a tal extremo que se llegó a utilizar toda la capacidad de la Colonia. Yo sé de varios casos de leprosos que hacían remesas de dinero a sus familias a fin de ayudar a mantenerlas y a educar sus hijos.

Durante el precitado período se restablecieron 45 leprosos, y, aproximadamente la mitad de éstos habían sido tratados con el aceite de chalmugra, en tanto que la otra mitad no había sido sometida a dicho tratamiento. Como resultado de esto, y también en consecuencia de los experimentos anteriores, llegamos a la conclusión de que la lepra es una enfermedad que puede aliviarse si se logra mejorar el estado físico del paciente, y si se evita que ocurran infecciones secundarias en las lesiones, puesto que dicha infección por sí misma impide mucho obtener un éxito favorable.

En tal virtud, se estableció, o, más bien, se ensanchó un dispensario, y a todos los leprosos se les exigió que vinieran con frecuencia para examinarlos, sobre todo si tenían alguna cortada o lesión de cualquiera clase que pudiera producir una infección secundaria. Además, se estableció un servicio de visitas de enfermeras y, en efecto, una de estas enfermeras iba de casa en casa haciendo investigaciones sobre casos determinados. Usamos como desinfectante una solución de un 1 por ciento de fucsina en agua, que a la vista producía una impresión un tanto horripilante, porque tal parecía que los leprosos morían desangrándose, pero la verdad es que éstos más bien parecían estar satisfechos del efecto de dicho desinfectante, puesto que ello demostraba que estaban sometiéndose enteramente al tratamiento indicado contra las infecciones.

Después se organizó un club para la curación de la lepra, y se escogieron jóvenes, suplicándoles que ingresaran en la Colonia y se hicieran miembros de este club. Se entendía, por supuesto, que tenían que cumplir estrictamente ciertos reglamentos. Por ejemplo, tenían horas fijas para las comidas, para levantarse, intervalos determinados para bañarse y para hacer ejercicio, y se les consagraba

esmerada y especial atención. En un período de un año la mayoría de estos casos empezaron a ganar en peso, se notó que el aspecto del paciente comenzó a mejorar y que tenía mejor color, mientras que, al principio, los exámenes e inspecciones que se hicieron no indicaron ninguna mejoría. Entonces comprendimos que estábamos empleando un tratamiento que aliviaría a los leprosos. Continuamos usando el aceite de chalmugra y se le administró a todo el que lo deseaba. Siempre se le proporcionaron a los pacientes todas las oportunidades y ventajas que de alguna manera pudieran contribuir a su alivio o curación.

Hay un hecho muy interesante en relación con la mencionada Colonia, y es que varios de los pacientes que después de haber estado dos años aislados en la Colonia habían recobrado la salud, cuando llegó el momento de darles de alta, no querían salir de aquella, a tal extremo que fue necesario conducirlos casi a la fuerza hasta el muelle, y ponerlos abordo del vapor para que salieran de la Colonia. Además, se dió el caso de una mujer que era tan pobre que tuvo que pedir prestada alguna ropa para cubrir su desnudez y poder ir a la Colonia, siendo así que, al cabo de siete años, esta misma mujer recobró la salud y había acumulado un capitalito de 900 dólares, producto de su honrado trabajo e industria mientras permaneció en la Colonia, suma que fue suficiente para satisfacer sus necesidades durante el resto de su vida.

Por lo tanto, en vista de los casos citados, creo que en todos los demás países pueden emplearse métodos semejantes para el tratamiento de la lepra, y que pueden obtenerse excelentes resultados merced al establecimiento de colonias a las cuales deben concedérseles tanta autonomía e independencia como sea posible, a fin de que se convengan a que no dependen de otros. Si les es posible abrigar alguna esperanza, en seguida comprenden que no están desahuciados y empiezan a sentirse mejor. Una comunidad autónoma da este resultado y le hace el efecto de un tónico al leproso que—como es natural—desea curarse. Ahora bien; a mi juicio la Colonia que acabo de describir fue una de las revelaciones más sorprendentes que jamás tuve y al mismo tiempo una de las más interesantes.

Sabido es que cuando una persona está contenta, por lo general goza de buena salud. Luego es evidente que si podemos mantener contentos a estos pacientes, someterlos al debido tratamiento y evitar infecciones secundarias, estimulamos en ellos el deseo del restablecimiento, lo cual al fin y a la postre da por resultado que muchos se curan.

El encargado oficial del lazareto en Carville, Estado de Luisiana,

tuvo a su cargo cinco años la Colonia que hay en Las Filipinas y, por lo tanto, conoce la enfermedad mejor que nadie porque ha vivido entre leprosos y está bien enterado de las dificultades que a éstos se les presentan. Cuando se hizo cargo de la Colonia de Carville y necesitó obtener herramientas para los leprosos, las limitadas asignaciones de fondos le impidieron conseguirlas y, por consiguiente, fue a Nueva Orleans y las compró con dinero suyo y se las dió a los lazarinos, diciéndoles que las usaran, seguro de que no les pesaría hacerlo. Vinieron otros leprosos y pidieron herramientas, pero ya él no tenía más dinero para comprarlas, y no le pareció justo hacer nuevos desembolsos de su propio peculio en la compra de más herramientas. En tales circunstancias, los leprosos pidieron, por su cuenta y riesgo, más herramientas, y las pagaron con fondos reunidos entre ellos mismos, a fin de poder tomar parte en los trabajos.

Creo que lo expuesto explica el problema, en cuanto a lo que puede hacerse desde los puntos de vista administrativos, humanitarios y prácticos.